

presentados los treinta y dos hechos de la vida de Santa Eduvigis. Ya en 1450 había en esta región una escuela de pintura muy notable. El claustro de Heisbronn fué decorado en tiempo de San Oton, obispo de Bamberg (1139), y puede decirse que cada abadía y cada monasterio ofrece felices ensayos del arte, especialmente en las vidrieras, miniaturas y bordados. Nuremberg, que se distinguió particularmente en la escultura en madera, cita una larga lista de pintores en miniatura y vidrio, madera y lienzo. Las vidrieras de Francfort pasan por obras maestras. Carlos IV llamó artistas á Bohemia, en donde fundaron una cofradía ó hermandad. El gusto de las alegorías y el estudio de los pormenores, es el carácter de la escuela alemana, que Durer y Holbein, elevaron al más alto punto, de donde la reforma la hizo descender bien pronto. Las esculturas mejores se encuentran en la catedral de Estrasburgo, en donde se emplearon fragmentos antiguos, con los que quizá se educaron los artistas que trabajaron en ellas. Algunas son de Sabina, hija de Ervin de Steinbach. En el campanario se halla esculpida una composición caprichosa con formas muy extrañas de diablos é indecencias. La hermosa fachada de la iglesia mayor de Berna es de aquella época, y son notables además de las esculturas, algunas pinturas que desgraciadamente se van destruyendo por un descuido anti católico.

Los demás países están mucho más atrasados. Claux de Wrene y Claux Sluter (1401), primeros escultores de que se hace mención en Francia, hicieron el sepulcro de Felipe el Atrevido en Dijon, y otras obras insignificantes. Juan Justo trabajaba en Tours hácia fines del siglo: pero esperaban que fuese á Italia con Carlos VIII para mejorar su estilo.

Los nuevos adelantos de la arquitectura no pasaron los Alpes hasta que Francisco I y Enrique II reformaron los castillos de Blois y de Chambord, y el patio del Louvre. Alemania y España apenas hicieron ningun ensayo. En Inglaterra se conservó el arco agudo hasta el reinado de Isabel, y los primeros ejemplos del estilo del renacimiento se vieron en Oxford en tiempo de Jacobo I. La casa de ayuntamiento de Bruselas, construida en 1401, por el estilo de la Edad Media, es de gran belleza, con una magnífica torre octógona que se eleva desde el medio del techo, toda llena de ventanas y de una valentía igual al gusto que en ella domina: en la fachada hay una galería de diez y siete arcos góticos que sostiene una especie de balcon:

cuarenta ventanas están colocadas en dos filas; corona el edificio una balaustrada, y ochenta claraboyas rompen la monotonía del techo de pizarra. La casa de ayuntamiento de Lovaina, que es de 1448, presenta también un gracioso aspecto.

En España no se había abandonado el estilo morisco, que se empleaba en fabricar las catedrales que se levantaban conforme el país era conquistado á la religión, como la de Orense construida en 1219, la de Burgos en 1221, la de Toledo en 1226, la de Osma en 1232, la de Valencia en 1262. Los españoles se servían de artistas árabes; se había extendido en el país el estilo gótico especialmente por los normandos, y se empleó en las iglesias de los templarios, derivándose de él el estilo mozárabe, el árabe-alemán y otras varias mezclas extrañas. Así pues, en el convento de las Huelgas, cerca de Burgos, del año 1180, se ven juntos el arco redondo, el agudo y el morisco, y en la sinagoga de Toledo construida en 1350 hay una rara mezcla de estilos. Fueron arquitectos entendidos del siglo XIV, Fabia, Franc, Martinez y Alonso, que edificaron las catedrales de Leon, Oviedo, Barcelona, Zaragoza y Guadalajara. Expulsados los moros, se inclinaron los artistas al estilo romano, y construyeron las grandiosas obras de la catedral de Sevilla (1401), el convento de Miraflores (1454), el Parral de Segovia (1457), San Pablo y San Gregorio de Valladolid (1464-88) y otras obras de Juan de Olózaga, Enrique de Egas, Pedro Lopez, Martin de Gainza, Guillermo Boffy, Pedro Blas, Juan de Arandia, además de los arquitectos que se llamaron de Alemania y de Flandes. San Juan de los Reyes, edificado en Toledo por una promesa que hicieron Fernando é Isabel, principia á presentar el estilo italiano; alrededor en esta iglesia están colgadas las cadenas de los prisioneros cristianos, encontradas en la época de la conquista. La arquitectura de sus sepulcros es magnífica y sus hermosas vidrieras fueron hechas desde el año 1418 al 1560 por extranjeros probablemente.

En los siglos pasados la arquitectura fué la que debió espresarlo todo, y los artistas habían escrito en ella como en un libro universal. Mas una vez encontrado en la imprenta un nuevo instrumento de expresión, aquélla llegó á ser menos necesaria: ya no hay más que trabajadores y artistas, que ejecutan el pensamiento de un solo arquitecto de quien reciben el plan de sus trabajos. La unidad gana mucho con este método, pero pierden todavía más el sentimiento y la inspiración.

## EPÍLOGO

Los astrónomos consideraban, hace pocos años, como fija una estrella de la constelación del Cisne. Ahora bien, en el día está demostrado que este astro varía de lugar, cada año, en línea recta, en más de cinco segundos, es decir, que recorre solamente en un año lo menos cuarenta millones de leguas.

Acabamos de describir la Edad Media; á los lectores pertenece el juzgar si el caso no sería el mismo. Los que se ocupan menos de las vicisitudes de los reyes que de los intereses de los pueblos, han debido comprender la importancia de este período; aquel cuya atención se dirige no solo sobre los héroes homicidas, sino también sobre aquellos á quienes la humanidad es deudora de beneficios, no podría describirla como una perpetua escena de ignorancia, violencia y desorden (1). Esta confusión de que hemos partido, y que impedía á las deslumbradas miradas seguir la marcha de los acontecimientos ó prever el resultado, ha cesado; el feudalismo ha cumplido su destino, como también los concejos: y una nueva edad comienza bajo el nombre de Renacimiento, edad bien diferente de aquella en que la Europa fué sorprendida por los invasores septentrionales.

La disolución de la sociedad romana había sido su obra, y por ellos las familias habían sido superiores al Estado. Entre estas familias, las de los vencedores estaban separadas de los vencidos á título de dominadoras, formando las más poderosas una confederación imperfecta, bajo la cual se escalonaban todas las demás clases como subordinadas. En su consecuencia, las leyes políticas contrajeron algunos caracteres de leyes civiles, y

éstas adquirieron algunos del orden político, en atención á que la soberanía fué una consecuencia inmediata de la posesión de las tierras. No se hallaba entre ellas nacionalidad y sus relaciones estaban circunscritas á sus posesiones; perdían importancia las ciudades, centro de cultura y de acción; la existencia libre y la actividad meramente humana, no era absorbida en el movimiento de la vida pública, ni los grandes Estados arrastraban tras sí á los pueblos menos poderosos, ni á los ciudadanos aislados.

Sólo las leyes religiosas, independientes del poder civil, y que sobrevivieron á su extinción, se extendieron naturalmente, y ofrecieron un sistema racional, diferentes en esto del feudalismo, que no se fundaba sino en la conservación de los vencedores con detrimento de los vencidos, y que media el grado del castigo, no según las circunstancias y la intención, sino según la posición social del delincuente.

Los concejos agrandaron estas familias haciendo también entrar en ellas á los que nada poseían, con tal que habitasen en la ciudad; á cuya obra ayudaron los gremios y sociedades de oficios. De aquí se pasó fácilmente á la idea de un poder público, y primero se redactaron estatutos, después códigos, que se derivan, no de un principio filosófico, sino de relaciones sociales. La legislación canónica favorecía este resultado, realizando la centralización universal del mundo cristiano. Sustituyéndose los reyes á los feudatarios, extendieron la familia hasta hacer que comprendiese á todos los habitantes de los territorios cuyos límites había determinado la naturaleza.

En adelante las naciones están fijadas en un territorio, bien regidas y educadas; la individualidad de cada una es completa: pueblos y gobiernos se apiñan en derredor de un centro común, supri-

(1) «Las ridículas bestias de la Edad Media.» BOTTA, XI, al fin.

miendo lo que tenía de muy local y particular en la sociedad. Las antiguas instituciones de la Europa perecen, y cuando antes de Carlomagno todo se fraccionaba, en adelante todo trata de unirse; los reinos son más estensos, las ideas más generales, los intereses más desarrollados, y hay más fuerza y estabilidad en los gobiernos. Las naciones toman un carácter diferente según la diversa forma adoptada por cada pueblo en la época de la grande emigración ó de la conquista, forma modificada después por las cruzadas, la caballería y los concejos. Los godos y muzárabes se convierten en españoles, y la lucha sostenida durante tantos siglos en sus hogares, no para conquistar sino para defenderse, los hace graves y altivos. Los elementos anglo-sajones y normandos engendran á la vez chocándose en Inglaterra, el gobierno, la lengua y el carácter que se desarrollan en la guerra caballeresca contra la Francia, y en las sangrientas querellas de las dos Rosas. En Francia la civilización romana modifica las costumbres germánicas hasta el punto de hacer considerar á los franceses como la oposición de los alemanes. Por el contrario, la Germania se descompone en soberanías sin fin, que rivalizando entre sí y negándose á toda tentativa en comun, disminuyen y hacen descender el poder supremo del primer lugar que ocupaba en la Edad Media, y le hacen servir para satisfacer ambiciones de familia é intrigas de gente astuta y dar preponderancia á los barones.

No tomó parte el Norte en las cruzadas, ni en la caballería, lo cual permite que se desarrolle conforme á su originaria naturaleza, á sus relaciones con el Asia, y á la cultura intelectual que recibe, tanto de occidente como del mediodía de Europa. La liga anseática prevalece hasta el punto de anonadar casi los tres poderes escandinavos, que aun permanecen, se puede decir, extraños al sistema europeo. Hungría, Bohemia y Polonia se engrandecen y brillan con el poder de la gloria. Se borran de Europa las huellas de los mongoles, y sacudiendo la Rusia el yugo mongol da pruebas de sus fuerzas, que manifestó después avasallando tantas naciones é imponiendo á tantas otras la civilización.

Tamerlan es el último metéoro que salió del seno del Asia para trastornar la Europa; y su aparición detiene el torrente otomano que podía ser funesto á la Europa antes de que las nacionalidades se consolidasen y cuando los feudatarios combatían aun entre sí, la Francia con la Inglaterra, los rusos con los polacos y los mongoles. El budismo, extendido entre los pueblos de las llanuras del Asia central, suaviza las costumbres; la nueva dirección tomada por el comercio, los reduce á buscar los medios de atender á sus necesidades de otra manera que con exacciones vagabundas, y los nuevos Estados organizados en la frontera occidental detienen sus incursiones. De esta manera se pierden mezclándose unos con la civilización occi-

dental, otros con la de China. Si exceptuamos á los rusos, ya no hay bárbaros en Europa; la larga lucha de los héroes españoles es coronada por la victoria. La Hungría, para oponerse á los turcos se asocia á la república europea, y deja de ser oriental; recibe colonias alemanas y cultura italiana, hasta el punto de que en tiempo de Matias Corvino, se despoja demasiado de su carácter nacional.

Desgraciadamente los musulmanes se establecen en las más hermosas comarcas de Europa; pero no pueden ser llamados bárbaros sino comparándolos con naciones más civilizadas; porque han recogido los frutos de la civilización árabe y persa, y el gran poder comercial y marítimo que han desplegado no permite compararlos con las naciones que en otro tiempo invadieron el imperio romano. Es cierto que el orgullo sensual sobre que está fundada su religión, no les permite ningún progreso; como conquistadores que eran, asolaban el país, hacían esclavos, imponían pesados tributos. El rápido acrecentamiento de esta potencia se explica por la condición de los pueblos limítrofes, como se explica en nuestros días su conservación á pesar del anodamiento de todos sus elementos de existencia. La Rusia se debilitaba esclava de los extranjeros, la Italia tenía envidia de sí misma, el Austria disminuía el poder de la Hungría con miras avaras de engrandecimiento. Si los musulmanes que poseían las costas del Mediterráneo y del Archipiélago hubiesen reducido á balalatos la Polonia, la Hungría y la Alemania, hubieran circunscrito la civilización á muy estrechos límites.

La resistencia que se opuso á estos nuevos invasores, devolvió por un momento á la república cristiana la unidad, al menos en deseos, que parecía haber olvidado con las cruzadas. De aquí procedió el poder de la casa de Austria, porque era preciso contra este torrente un fuerte dique, y sus posesiones se encontraban precisamente en primera línea. Después de haber convertido el imperio germánico en patrimonio suyo, le imprimió de tal manera un vigor nuevo, que la Alemania pareció prevalecer otra vez en Europa. El magnífico drama ofrecido por las rivalidades de los güelfos y gibelinos, es verdad que ha degenerado en luchas parciales entre las familias de Baviera, Bohemia y Austria; pero en el mismo envilecimiento de sus jefes, ¡cuánta grandeza en la nación! Funda en Prusia una nueva soberanía; hace tudesca á Silesia de eslava que era; descubre minas en Hungría y en Transilvania; cubre el Báltico de bajeles; resucita en las ligas de los suizos y de los anseáticos el espíritu de asociación comun en otro tiempo á las tribus oriundas; en fin, estiende la civilización y el cristianismo hasta las orillas del Báltico.

En Italia, las mil pequeñas repúblicas, tan á propósito para propagar la luz y el movimiento, se reducen poco á poco á un pequeño número, que no piensan más que en equilibrarse entre sí, al paso

que á sus puertas crece una potencia que amenaza anonadarlas todas. En Francia el hecho más notable es la progresión continua que sin cesar acerca al rey al poder absoluto, éxito que le es más fácil por la posición de la capital y por el oportuno establecimiento de los ejércitos permanentes. El último gran ducado se convierte en un nuevo florón de la corona francesa, y asegurada la unidad territorial, lleva tras sí la unidad de la lengua y de jurisdicción, como también la de la administración y de la Iglesia. Muéstrase la nación inglesa, durante las guerras con Francia, valiente en el oficio de las armas, pero no tarda en volverlas contra sí misma en la cuestión de las dos Rosas; la aristocracia se sacrifica allí en favor del rey, y el desorden proporciona á Enrique VIII el medio de concentrar en sus manos los elementos propios para constituir bajo la apariencia de antiguas formas un poder sin límites. La misma Iglesia, en el momento en que su autoridad universal se debilita, se ve obligada á procurarse un poder temporal, que después de haber sido para ella en su origen una cosa secundaria, se convierte entonces en la parte real de su poder político.

La alta nobleza se robustece al hacerse independiente y en su consecuencia tiránica. De aquí turbulencias, reacciones, desórdenes; y se conoce entonces mejor la necesidad del orden, de gobiernos fuertes, de constituciones estables, de autoridades represivas. En esta porfía por dominar, los reyes quieren la reunión de los reinos y los nobles su desmembración; para obtener la libertad, los concejos se agrupan al rededor del trono, y los nobles se aíslan. La invención de las armas de fuego, que hace al campesino igual al héroe; la Santa Veñme de Alemania, que envía el puñal del plebeyo á herir al barón en el fondo de su castillo; los privilegios de los concejos; la imprenta que crea la opinión, son otras tantas máquinas dirigidas contra el antiguo orden de cosas. La Jacquerie en Francia, los partidarios de Wat-Tyler en Inglaterra, los Ciompi en Florencia, las compañías francas de Ruan, etc. son manifestaciones violentas de la reacción que se produce por todas partes contra el poder hasta entonces dominante. La clase de los legistas, salida de la muchedumbre y cuya importancia se aumentó, ayuda á aquella revolución. La obra de los concejos se cumplió de esta manera. La clase laboriosa quiere participar de las ventajas de la que posee, y asegurar una repartición más igual de los bienes producidos por el sudor de su frente; artesanos y mercaderes aspiran á una existencia independiente del barón; los príncipes favorecen la emancipación y procuran hacer dependientes también del trono á todos los habitantes de un territorio, esclavos ó nobles, ciudadanos ó aldeanos con el título de súbditos. La nobleza con suficientes fuerzas, para no confesarse vencida, pero no para derrocar las dinastías, recurre á las traiciones, á las perfidias, á las violencias, que reve-

lan su debilidad y aceleran su ruina haciéndola odiosa. El entusiasmo caballeresco cesa cuando le faltan sus dos grandes alimentos, la cruzada en Oriente y la guerra con los moros, que aunque prolongada durante aquel siglo, no por eso dejó de recibir su inevitable decisión en la batalla de las Navas. En fin, cuando las armas fueron venales, cuando el peon maneja el arcabuz, la caballería no puede menos de sucumbir.

Entonces se diría que protegidos por leyes, tribunales, constituciones, conociéndose las naciones en estado de madurez, quieren sustraerse á la tutela de las ideas y de los hombres bajo los cuales se habían engrandecido. La clase inferior no siente ya la necesidad de acogerse bajo el manto pontificio, y parece á los reyes que importa á la unidad y á la independencia alojar los vínculos religiosos. En su consecuencia, después de haber subyugado las facciones interiores y haberse emancipado de los grandes, empiezan á disputar con ayuda de una guerra menos abierta pero más eficaz, los derechos del pontífice, pretenden participar de las rentas de la Iglesia, como también en el nombramiento de los beneficios y dignidades. El pueblo, que se había colocado siempre de parte de los papas contra los reyes, se unió entonces á Eduardo III para negar el tributo al papa, al concilio de Basilea para atacar su infalibilidad, á Felipe el Hermoso para abofetearle.

La doctrina del progreso era, pues, proclamada de hecho, y también la posibilidad para ciertas instituciones de ser supérfluas y aun dañosas para un siglo, después de haber sido la salvación de otra época. El mismo sentimiento hace que la Iglesia y los seglares se dirijan á la reforma, aun que pareciendo no querer más que volver el cristianismo á su primitiva pureza. La Iglesia se ocupa de ello en los concilios, los seglares fuera en libres doctrinas; esfuerzos diferentes para llegar á los mismos resultados, y que demostraban la necesidad de la reforma. Pero en lugar de convenirse se combaten, y el cisma todo lo trastorna. Las llagas del papado fueron espuestas, como el cadáver de Cesar, á los ojos de cada uno, envenenadas por la cólera de sus enemigos y las disensiones de los pontífices rivales: resultó de ello que la duda penetró en los corazones más sinceros, la indiferencia en las almas generosas, la desesperación en las almas enérgicas. La burla encontró donde ejercitarse en las cosas más santas, al paso que la superstición se refugiaba con ciega convicción en la desconsoladora creencia del próximo fin del mundo ó en la teosofía.

De consiguiente, la credulidad era una fuente de corrupción no menos que la impiedad; y parecía que, encarnizándose los papas en sus recíprocas acusaciones, intentaban hacerse auxiliares del filósofo burlón. Atiza la Francia este fuego aspirando á volver al papado bajo la tutela de Aviñon; pero á este tiempo se halla sola y asaltada como cismática por la Inglaterra: falta poco para que

sufra la ignominia de una dominacion extranjera. Los concilios de Basilea y de Constanza, areopagos de Europa, restituyen su importancia al Imperio por la activa parte que Segismundo toma en ellos; y este emperador halla en las heregias un pretexto ó una ocasion de estirpar la nacionalidad de los pueblos disidentes.

Así, una vez consolidada la paz pública, empieza la guerra moral. Una vez asegurado el orden político, principia el desorden intelectual. Cuando el esfuerzo nacional ha obtenido en España el triunfo contra el comun enemigo, caen los caracteres de aquella altura poética á que se habian elevado. Francia, Inglaterra, Italia no obran ya de concierto en las guerras exteriores como durante las cruzadas, antes bien se atacan unas á otras, y aquel cálculo material de una balanza política que, sustituida á toda idea moral, ocasionara tantas guerras como estaba destinada á impedir en concepto de todos, empieza á propagarse en Europa. Particularmente en Italia nacia una política de guerras sordas, secretas, de mala ley, inspiradas por envidias, por pleitos, por egoismo, conducidas por la intriga más bien que por la fuerza. Consolida el poder despótico la decadencia de las antiguas costumbres, pero queda fraccionado, débil por consiguiente, y espuesto en un principio á los manejos interiores, á la rivalidad de los vecinos, después á la dominacion del extranjero; á la par que en Francia, por el contrario, y en Inglaterra y en España se consolida la nacionalidad con el gobierno real.

Esta refinada diplomacia ayuda mucho á la unidad porque requiere secreto y una direccion fija; pero modifica estos cálculos el poder inmoral del oro: el oro es el que determina las guerras, el que reune y dispersa los ejércitos, el que trastorna el heroismo suizo, el que dá importancia á los banqueros, á los judíos, á los rentistas. Impulsa á los reyes á intentar procesos y á hacer confiscaciones, á los químicos á que den tormento á los crisoles, á los magos á recurrir á las artes ocultas, á los mercaderes á emprender largos viajes, y en breve obtendrá Cristóbal Colon los medios de llegar á su gran descubrimiento diciendo: «El oro es cosa excelente; con el oro se forman los tesoros, con el oro se alcanza todo lo que se puede apetecer en este mundo, con el oro se logra hasta que lleguen las almas al paraíso.»

Sin embargo, todavía no han osado los gobiernos profesar en alta voz el ateísmo de la política y la soberanía del interés: insinúan empresas que tienen por móvil un sentimiento, fingiendo meditar tan pronto una expedición á Tierra Santa, como una guerra contra los turcos, y algunos pontífices se lisonjean aun de reunir la cristiandad; hasta se reservan ciertas perfecciones en las armas homicidas para las guerras contra los infieles. El nombre de cristiano, que los siglos siguientes tendrán á gloria borrar de los actos de la política, tenía, pues, aun un valor en aquella época.

Entre tanto á los peligros del desorden suceden los de la centralizacion. Los nobles humillados tratan de adquirir importancia ó alguna parte del poder, haciéndose aliados y súbditos del rey, el cual no teniendo ya necesidad de halagar al pueblo, empieza á odiar las libertades de éste. Los ejércitos permanentes destruyen el feudalismo, porque el esclavo se alista como soldado, y el rey tiene quien ejecute sus decretos sin acudir al brazo de los nobles. Las armas de fuego dan á los reyes las fortalezas y la preponderancia; los monarcas creen que el poder es la medida de sus actos, y en vez de los delitos contra la religion, se inventan otros contra la majestad; así que prevaleciera una torpe tiranía, si no la detuviesen la imprenta y los progresos del pensamiento.

Auméntase el comercio, y con él las relaciones de los diferentes países entre sí. Los tratados no se hacen ya de castillo á castillo, sino entre concejos y pueblos. La riqueza mobiliaria crece junto á la numeraria, pero ésta era nueva; así es que no hay que admirarse de los ensayos groseros hechos para organizarla. Se creen con derecho á reformar las monedas y alterarlas á su antojo; fijar el mayor precio de los géneros, como Felipe el Hermoso en 1304; imponer rigorosas leyes suntuarias, como en 1294, en Milan, y frecuentemente en el resto de Italia; limitar el interés del dinero por leyes que le aumenten; regularizar los derechos con perjuicio de los vecinos. Se multiplican las leyes acerca del comercio de los lombardos y judíos; se forman sociedades mercantiles, algunas de las cuales llegan por fin á ser soberanas.

Los jurisconsultos se aseguran una importancia no menos grande: creados por el feudalismo y el catolicismo, obran contra estas dos potencias. No se deben confundir con los de la antigüedad, hombres de Estado, que se hacian letrados y oradores por ocupacion pasajera, al paso que éstos desempeñaban las funciones de jueces, sobre todo en ausencia de los barones. En adelante, nada se hace sin consultarles, ya se trate de paliar grandes injusticias, ó de reducir á una justa medida la autoridad de los reyes y de los pontífices. Cuando la bala del villano atravesó la coraza del señor; cuando los príncipes se vieron obligados á recurrir á los mercaderes para que les prestasen con que pagar sus tropas; cuando el legista ocupó el tribunal donde tomaba antes asiento el baron armado, y substituyó los testimonios, el exámen de las pruebas y el texto de las leyes á los juicios de Dios, el pueblo pudo decir que comenzaba su era, en cuyo curso debía ser tan poderoso.

Ya las naciones no se unen sólo para saquearse y violentarse, sino para hacer cambios y unirse por tratados. El derecho de gentes es respetado; los abusos de la fuerza son al menos el objeto de protestas y de horror; el feudalismo no desdén ya el trabajo, y la fuerza de la asociacion se deja sentir y conocer.

Lo que distingue particularmente aquella época

es precisamente que se encontró como arrojada en los confines de ambos mundos, entre el mundo feudal y el mundo popular, entre lo pasado y el porvenir; que en su consecuencia reunió tanto de positivo como de fantástico, tanto de cálculo como de imaginacion, y que ofreció caracteres grandiosos y almas poéticas al lado de los designios friamente combinados de los reyes, de las elucubraciones prosáicas de los letrados y de los jurisconsultos. En efecto, al lado de Bernabé Visconti, de Luis XI, de Enrique VIII, de Alberto de Austria, de Nicolás de Lira, se levantan en contraste, Dante, Rienzi, Du-Guesclin, Juana de Arco, Francisco Esforcia, Mahomet II, Bajaceto, Cárlos el Temerario, Gustavo Wasa, Isabel y Jimenez de Cisneros.

No se debe olvidar que la civilizacion se difundia entre los mayores pueblos y mayor número de clases, precisamente cuando ocurrían desastres que se hubieran creído suficientes para destruirla. Sin hablar de la peste negra, á la que hemos visto dar vuelta á Europa, y que diezmo tantas ilustres vidas en Italia, toda el Asia fué conmovida por horribles terremotos que en 1342 y los años siguientes asolaron tambien el Egipto y la Siria. Aquel mismo año se vieron los alrededores del Rhin y ciertas comarcas de la Francia súbitamente inundadas, no por grandes lluvias, sino por torrentes que se desencadenaron de repente; y tierras desprovistas en otro tiempo de agua, se encontraron repentinamente sumergidas. Tres años después, grandes diluvios, inundaciones, carestias causaron grandes estragos. En Italia cuatro meses de lluvias perdieron las simientes, lo cual obligó á Florencia á hacer confeccionar cada dia noventa y cuatro mil raciones de pan, de doce onzas cada una, para alimentar á los indigentes. La carestia fué estremada en los dos años que siguieron, y en su consecuencia la mortalidad considerable. Después, en 1348, aparecieron tambien en nuestras comarcas señales de algunas grandes convulsiones en el interior del globo que se habian manifestado en la China en los años anteriores. En 25 de enero, la Grecia y la Italia temblaron, las casas y los templos se arruinaron. Treinta concejos y todas las iglesias vinieron al suelo en la Carintia. Villac se hundió; muchas aldeas desaparecieron, sin que quedasen huellas; las montañas cambiaron de lugar, y cambió de faz la superficie de varios terrenos. Los temblores de tierra se prolongaron hasta 1360, y sin embargo los habitantes de la lejana Islandia se vieron exentos de ellos. La Dinamarca y la Noruega interrumpieron sus acostumbrados viajes á la Groenlandia, cuyos amontonados hielos obstruyeron las costas orientales, que ya no fueron visitadas hasta nuestros dias por ningun extranjero. Espantosos huracanes se renovaron en Italia en el mes de diciembre de 1456, arrancando árboles, derribando edificios, de tal manera, que segun san Antonio, más de sesenta mil personas perecieron, de las cuales la mitad en la sola ciu-

dad de Nápoles (*Ep.* 207), y una isla toda llamas se alzó en el mar Egeo.

Los hombres sufrían males sin cuento y perecían á millares; pero así como al dia siguiente de una batalla, los que sobreviven marchan en triunfo, sin cuidarse de los que han sucumbido, así tambien las sociedades, diezmadas pero no debilitadas, volvian á emprender la senda trazada por la Providencia.

Quando la Italia comenzó á perder la importancia que le habian dado la supremacia papal y sus repúblicas, adquirió otra por el desarrollo de las más nobles facultades del talento; y por esto ejerció aun una inmensa accion sobre el resto del mundo, á quien enseñó las artes, la política y las letras. Ahora bien, las letras constituyeron entre las naciones aquel vínculo que la religion habia desde luego formado; y así como se habia dicho la república cristiana, se dijo la república literaria; república que, aunque se pudiese considerarla á primera vista, como cosa frívola y de pura diversion, debía adquirir fuerza con el tiempo, sentir su propia dignidad, y colocarse en la categoria de las demás potencias motoras del mundo, creando la opinion que un dia mandará á las bayonetas. El latin quita el modo de la Edad Media, el griego se estiende, el alemán sale mejorado de la fusion de los diferentes dialectos, el francés y el inglés progresan tambien, aunque lejos aun de su futura perfeccion. El italiano ha conseguido ya su magnificencia; y, lo que importa al país, sus literatos son tambien hombres de accion. Desgraciadamente la literatura se desvia de la noble senda á la cual le habian lanzado los que hicieron dar sus primeros pasos en el seno de las repúblicas; y una vez reducida á mendigar en las cortes, ¿cuál habia de ser su influencia sobre la nacion?

Por su parte, las artes, que en la Edad Media no formaban más que un grupo en derredor del altar, se perfeccionan ahora dividiéndose. A las formas góticas se mezclan las griegas, el arco redondo á la ojiva, la correccion de los adornos clásicos á la variedad fantástica, hasta el momento en que el divorcio se consuma sacrificando el sentimiento á las formas y dirigiéndose, no al alma, sino á los sentidos.

¡Qué sacudimiento no debió producir en las inteligencias, la repentina difusion de quince mil obras impresas, más correctas que los manuscritos y más baratas! A lecturas raras, atentas, repetidas, sucedieron estudios rápidos y multiplicados; á las convicciones incontrastables porque no eran combatidas, la estension de los conocimientos y el deseo de adquirir otros nuevos. ¡Qué placer el leer los clásicos á medida que eran exhumados, sin aversion preventiva inspirada por las escuelas! Es, pues, un error muy excusable el de convertir en idolatria el culto á la antigüedad, culto que hizo nacer la mania de resucitarla, en lugar de pensar en rivalizar con ella.

El imperio del talento pasa entonces de los es-

critores originales á los eruditos, gente laboriosa, pero sin invencion; así en metafísica y en moral, no escudieron del punto á que habian llegado los escolásticos; dejaron campo á la impostura en lo concerniente al conocimiento de la historia y de las antigüedades, y desnaturalizaron los pensamientos en la esposicion, sin conseguir la pureza que ambicionaban.

La erudicion es la forma general de todo estudio y de todo progreso en aquella época: los textos son una autoridad, y para convencer, basta citar la medicina que se dedica á esplicar ó combatir á Hipócrates y Galeno; la filosofía busca en Platon ó en Aristóteles el fundamento de sus argumentaciones, y hasta el velo con que cubre sus atrevimientos. La alquimia se apoya en antiguos nombres reverenciados. La estrategia, á despecho de las nuevas armas, se fatiga en estudiar á Onesandro y Vegetio, ó á volver á construir el puente de César sobre el Rhin. La arquitectura pide á Vitrubio, no solo los preceptos de la imitacion, sino tambien la justificacion de las innovaciones.

En esta liza inevitable los espíritus independientes no limitan la restauracion de los clásicos á una industria literaria, la estienden á la misma vida. Emperadores y repúblicas se dedican á buscar leyes é instituciones; los jurisconsultos tratan de estender, y á veces de poner trabas á los nuevos derechos: si Nicolás Montano, si Rienzi y Por-

cari meditan reformas en su patria, es bajo la inspiracion de recuerdos clásicos.

Sin embargo, en medio de sus estudios, que versaban todos sobre la antigüedad, estos valerosos pedantes sentian agitarse el mundo moderno; y mientras Colon, llevado de la erudicion, se obstinaba en su glorioso error, Pedro Martin de Anghiera, escribia á Pomponio Leto (*Ep.* 152): «No pasa un dia sin que se nos digan prodigios nuevos de este nuevo mundo, de los antípodas del Occidente, que un cierto genovés llamado Cristóbal ha descubierto. Creo que te has estremecido de alegría y no has podido sino con esfuerzos detener tus lágrimas, cuando te he avisado por cartas de este universo anteriormente ignorado, ¿qué alimento más suave para sublimes talentos? Puedo juzgar segun por mí mismo; estoy encantado cuando puedo hablar con algunas personas venidas de allá. Hagan consistir los miserables avaros sus delicias en acumular riquezas; para nosotros consiste en la contemplacion de semejantes maravillas el alborozo de nuestros talentos. ¿Qué más hicieron los fenicios, cuando, en regiones lejanas, reunieron pueblos errantes, y fundaron tantas ciudades? Estaba reservado á nuestros tiempos ver nuestros conocimientos, y nuestras ideas aumentarse de una manera no menos admirable, y tantas cosas nuevas aparecer de improviso en el horizonte.»

## NOTAS AL LIBRO XIII

(A) PÁG. 414.

### ESTADÍSTICA EUROPEA

Marin Sanuto presenta, el año 1450, este antiquísimo cuadro de estadística:

*Rentas de todas las potencias cristianas, y lo que pueden hacer.*

El rey de Francia con el total de sus rentas y las contribuciones de los príncipes, duques, marqueses, condes, barones, caballeros, obispos, abades, canónigos, sacerdotes, ciudadanos, pueden reunir en lo interior, como hombres peritos en el manejo de las armas, 30,000 ginetes. Si los quiere enviar fuera, siendo dobles los gastos, no puede contar más que con 15,000 caballos. La guerra ha arruinado anteriormente las iglesias y rentas. Total de caballos.	15,000
El rey de Inglaterra, con todas sus rentas y las contribuciones de los príncipes y demás <i>ut supra</i> , en lo interior, como hombres peritos en las armas, pagados mensualmente, reúne 30,000 ginetes. Estas dos potencias son iguales para medirse en la guerra. Han sostenido siempre sus luchas con vigor, y á haber sido una de las fuerzas mayor que la otra, la menor habria quedado aniquilada. Los ingleses fueron vencidos cuando la division se introdujo en Inglaterra, y no pudieron hacer sus provisiones. Antes de 1414 esta fuerza era de 40,000 caballos. Las guerras han debilitado aquellos países y disminuido los hombres y las rentas, de suerte que en caso de querer enviar dicha fuerza al extranjero queda reducida á la mitad, lo que suma en caballos.	15,000
El rey de Escocia, que es señor de grandes países y de pueblos muy pobres, no podrá sostener en lo interior con sus rentas y los impuestos sobre clérigos y seglares, más de 10,000 ginetes, pagados cada mes; en el extranjero, por los grandes gastos, caballos.	5,000
El rey de España, con todas sus rentas y las contribuciones de clérigos y seglares, reúne en lo interior, como hombres peritos en las armas, 30,000 ginetes; en 1414 sostenia 20,000; pero si quiere llevar fuerzas al extranjero, deberá disminuirse aquel número por los gastos dobles, y serán caballos.	15,000
El rey de Portugal, con todas sus rentas de clérigos y seglares, pudiera mantener en lo interior, pagándoles mensualmente, 6,000 caballos, y fuera.	3,000
El rey de Bretaña, con todas sus rentas y contribuciones de clérigos y seglares, podria sostener en lo interior, pagándolos mensualmente, 8,000 ginetes ejercitados en las armas, y fuera, caballos.	4,000
El maestre de Santiago, con todas sus rentas, sostendria en lo interior 4,000 caballos, y fuera.	2,000